



DISCURSO DE JOSÉ MARÍA AZNAR EN EL XIV CONGRESO NACIONAL DEL PARTIDO POPULAR PARA PRESENTAR LAS CANDIDATURAS AL COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL Y A LA JUNTA DIRECTIVA NACIONAL

Madrid, 26 de enero de 2002

Señor presidente del Congreso, queridas amigas y amigos compromisarios,

Quiero, en primer lugar, agradecer a todos vuestra participación en este XIV Congreso Nacional de nuestro partido y agradecer a todos, aunque luego me referiré a ello, el muy especial respaldo que habéis dado a las candidaturas presentadas, tanto al Comité Ejecutivo Nacional, como a la Junta Directiva Nacional.

Pero sí quiero agradecer, en primer lugar, antes que nada en este Congreso que, como nos recordaba ayer en su intervención nuestro actual presidente del Congreso, Eduardo Zaplana, se celebra cuando toca y tocaba justamente en estas fechas, tres años después. Y es bueno, porque es un síntoma de normalidad y al mismo tiempo de fortaleza, hacer las cosas en sus tiempos, en sus plazos o, como se dice, “cuando toca”, sobre todo, si se puede presentar, yo creo, un trabajo positivo, un trabajo razonable.

Quiero decir que os tengo que agradecer muy especialmente el trabajo desarrollado durante estos tres últimos años, el trabajo desarrollado durante el tiempo que media entre nuestro anterior Congreso y estos días que, sin duda, marcan un hito muy importante en la historia de nuestro partido.

Y quiero daros las gracias también por haber dado, con la ayuda de todos y el trabajo de todos, cumplimiento a los objetivos que nos trazamos en el anterior Congreso. Yo sé que eso no era una tarea fácil, porque en la vida política, y especialmente cuando podemos decir que el éxito acompaña y que hay que desempeñar tareas de Gobierno, puede uno tener la tentación de no prestar el suficiente interés o de desatender las actividades o el trabajo del partido. No ha sido así.

Los objetivos que nos planteamos en el último Congreso los hemos cumplido. Quiero daros las gracias por ello y quiero invitaros a que también los objetivos que nos trazamos en este Congreso, sin duda muy importantes y trascendentes, los podamos también cumplir con la misma dedicación, con el mismo empeño y con el mismo trabajo que en estos últimos años.

Quiero también daros las gracias por la contribución al éxito de este Congreso. Es verdad que alguien podrá decir: –“tú proclamas un éxito antes de que el Congreso haya terminado”. Puedo decir que hemos avanzado en nuestros trabajos; hemos aprobado nuestras ponencias, hemos elaborado nuestros mensajes; hemos puesto al día las cosas que pretendemos hacer en el futuro; hemos definido y trazado un buen proyecto para la España de los próximos años, y por eso quiero daros las gracias por haber contribuido a lo que yo creo que es un éxito de este Congreso.

Se podrá poner, y eso es inevitable y hay que comprenderlo, todo tipo de calificaciones a estos trabajos. Eso es tarea de otros, no es tarea que a nosotros nos corresponda. Simplemente, a nosotros nos corresponde, yo creo, ser muy conscientes, como somos, de lo que estamos haciendo y, fundamentalmente, de lo que queremos hacer.

Podrá decirse que éste ha sido un Congreso, como algunos han dicho, aburrido. De eso llevo escuchando mucho desde hace muchos años y, como yo digo, medio en serio, medio en broma, deben ser las cosas del carisma; pero con esas cosas estamos aquí. Alguien ha dicho también que éste es un Congreso poco más o menos que triunfal. Permítaseme decir una cosa solamente y es que, si no estamos contentos ahora, ¿cuándo podemos estar contentos? Sencillamente, serenamente, estamos contentos.

Entre las muchas cosas de las que podemos hablar, cuando se habla de cambios, cuando se habla de renovaciones, cuando se habla de propuestas de futuro, lo más normal en la vida política es que a unos les renueven por agotamiento, o que les renueven los electores, o que les renueven voluntades ajenas, o que les renueven fracasos internos. Es mucho más difícil cuando se está en la cúspide, cuando se está en lo más alto de la historia de un partido, afrontar cambios y afrontar renovaciones. Eso es lo que hemos sabido hacer nosotros y eso, desde el punto de vista de lo que es la historia, la fortaleza y la proyección de nuestro partido, es algo que merece la pena ser significado y es algo que merece la pena ser tenido en cuenta.

Pero, sobre todo, si me permitís, lo que yo creo que puede definir nuestros trabajos y a nuestro partido es algo en lo que yo creo profundamente. Hace poco tiempo un dirigente y un colega de un país amigo, del exterior, me decía: –“¿qué dos tipologías de políticos puedes hacer tú o qué tipologías distintas?”. Yo le

decía: –“fundamentalmente, para mí hay dos clases esenciales de políticos: los que son serios y los que no lo son”. Y hoy la definición más importante que puede tener este partido es que es un partido serio, con un proyecto serio, para un país serio, y eso es de las cosas más importantes que se pueden decir de un partido y de una organización en la España de hoy.

Permitidme decir que, cuando venía para acá y cuando he estado preparando estas notas, que todavía hasta el momento consigo ver sin ponerme las gafas, venía recordando muchas cosas. Venía recordando nuestro Congreso de Sevilla, allí donde empezó una de las más importantes transformaciones de nuestra casa que nos ha permitido llegar hasta aquí. Quiero dar un recuerdo especial a Paco Álvarez-Cascos, a Rodrigo, a Mariano, a Federico, a tantos otros por los cuales ya han pasado doce años. Unos hablaron esta mañana los primeros, otros hablaron los terceros, o que sí o que no; pero han pasado doce años. Éramos entonces, sin duda, más jóvenes y hoy podemos presentar entre todos, como una generación política que entonces ocupaba las primeras responsabilidades en nuestro partido y en nuestro país, un trabajo político.

Quiero recordar a los que no están entre nosotros. Hay muchos huecos entre nosotros, demasiados huecos entre nosotros, inolvidables huecos entre nosotros. Ayer les dedicamos el homenaje que siempre merecen; pero lo que es más importante es que en nuestra cabeza, en nuestro corazón, en nuestra fortaleza, en nuestras iniciativas, ellos siempre estarán con nosotros. Su recuerdo, su actitud, su presencia, su testimonio y su ejemplo serán la razón más importante que nos permita continuar y que nos permita seguir trabajando en la vida política.

Pensaba también en los más jóvenes. Yo siempre les he dicho a los que tienen la paciencia de colaborar conmigo todos los días: tened más o menos preocupaciones, pero tened una preocupación fundamental y es que, cuando miréis hacia atrás veáis que viene mucha gente, veáis la calle llena, percibáis y escuchéis que laten ambiciones, que laten esperanzas, que laten ganas de hacer cosas. Yo veo una nueva generación joven en el Partido Popular sencillamente extraordinaria.

He estado con muchos de vosotros, los más jóvenes, en distintas ocasiones a lo largo de los últimos meses; a algunos os he conocido recientemente. Y eso aumenta mi convicción y mi tranquilidad de que podemos estar seguros de que tenemos una muy buena generación para el futuro, y de que, naturalmente, son nuevas generaciones que vienen dispuestas a seguir una tarea, a cumplir sus compromisos, a seguir, evidentemente, empujando esta idea del Partido Popular y esta idea de España.

¿Qué queréis que os diga? Os digo que creo que entre todos hemos hecho un gran partido; que hemos hecho, no sólo el partido más grande de España, no el que tiene sólo más responsabilidades, no el que tiene más militantes, no el que

tiene más alcaldes y concejales, no el que tiene más diputados o senadores, hemos hecho el mejor partido de España y tenemos que estar orgullosos de haber hecho el mejor partido de España entre todos.

Este partido y esta casa son capaces de suscitar confianza. Se puede creer en nosotros, somos predecibles, somos también capaces de rectificar cuando vemos que hemos cometido errores y somos capaces de poner la nave española en un rumbo cierto para todos. Se podrá estar o no de acuerdo con nosotros; pero todo el mundo sabe quiénes somos, qué pensamos y qué queremos. Y eso es lo que hace falta presentar día a día en la vida política de nuestro país.

Creo que hay una sólida garantía institucional en este partido para España, creo que hay una buena realidad del presente español y creo, sobre todo, que hay una magnífica esperanza para el futuro de todos.

Una de las cosas que a la hora de presentar una candidatura y de trazar objetivos tenemos que plantearnos –y he citado Sevilla por citar un punto de referencia histórico para nosotros– es si nosotros hemos cumplido los objetivos que nos trazamos en Sevilla. ¿Los hemos cumplido? ¿Nos queda tarea por cumplir? ¿Qué estamos dispuestos a hacer?

Yo os quiero decir que entonces, en Sevilla, a la hora de tomar esas decisiones aspiraba a algunos objetivos creo que importantes para nuestro país y también sabía que para materializarlos había que contar con algunas claves fundamentales. Uno de nuestros objetivos, el más importante, era, si me permitís, haciendo honor a una tradición que nos debe acompañar, aquello que a un gran hombre de Estado y a un gran primer ministro en el siglo XIX, Cánovas del Castillo, le preguntaron: –“¿qué van a hacer ustedes?”, y decía: –“nosotros venimos a continuar la historia de España”.

Nosotros queríamos y lo aprobamos en Sevilla perfeccionar, culminar, completar, lo que ya sabíamos que era un gran éxito, que era la historia de la transición democrática española. No era poca cosa pasar de una dictadura a una democracia, no era poca cosa pasar de un régimen centralizado al Estado de las Autonomías, no era poca cosa pasar de una economía cerrada a una economía abierta; pero sabíamos que tenía que producirse la alternancia política para producir una consolidación definitiva que superase viejos resabios históricos, viejas diferencias, y que hiciese de la normalidad democrática, si me permitís –y lo pongo entre comillas–, de la “aburrida” normalidad democrática, uno de los anhelos más importantes de nuestro país.

¿O es que todos no habíamos sentido durante mucho tiempo la envidia, la necesidad, la esperanza o el objetivo de parecernos a las aburridas normalidades democráticas de tantas democracias como queríamos y aspirábamos a ser?

Ése era uno de nuestros objetivos. Otro objetivo era explicar bien algo en lo que yo siempre he creído, que es la normalidad de nuestro país.

Muchas veces escucho cosas que me sorprenden, no ya porque haya gente que todavía pueda no creer del todo en nuestro país, o que diga que no cree, o que realmente no crea, sino porque yo siempre he creído que nuestro país no era una anomalía histórica en el mundo; al contrario, éramos y somos una de las grandes naciones históricas de Europa y del mundo. No somos tan raros ni tan diferentes. Si se ve la historia con objetividad, si se asoma uno a ella sin pasión – digo la historia, no las historietas; digo la historia, no los cuentos; digo la historia, no las invenciones–, no somos tan diferentes, nunca lo hemos sido. Y tenemos la aspiración también de que todos nuestros compatriotas sepan comprender esa trayectoria histórica española que nos hace y nos hará proyectarnos con más fuerza hacia el futuro.

El tercer objetivo, si queréis de carácter un poco más general y trascendente, era decir: también tenemos que normalizar nuestra presencia en la vida política. Había en la vida política española, y todavía sigue habiendo residualmente, y peor para ellos, que así les va, una cierta diferencia: había algunos que estaban manchados por un cierto pecado original, que eran demócratas porque otros decían que lo eran, o que tenían que tener complejos, o que tenían que tener dificultades, mientras que otros eran la plenitud democrática que se ponían en los grandes pasos o en el gran camino de la democracia como grandes columnas, como grandes jueces, como grandes caríatides, repartiendo credenciales de democracia a unos o a otros.

A nosotros se nos decía: “vosotros tenéis muchos pecados originales que tenéis que purgar y debéis vivir acomplexados frente a los que significamos siempre el ejemplo y la plenitud democrática”. Yo siempre dije que eso no era verdad, que eso no era cierto y que justamente de esas acusaciones nacían malos episodios de la historia de nuestro país. Y, por sorprendente que parezca, esos episodios, no voy a decir que se quisieron repetir, pero esas acusaciones se mantuvieron hasta hace bien poco, incluso hasta el año 1996, cuando después de ganar limpiamente las elecciones algunos dijeron: “no pueden gobernar”. Y, cuando se dieron cuenta de lo que dijeron, rectificaron, pero pronunciaron alguna frase formidable como es: “sí podéis gobernar, pero ése no puede gobernar”, naturalmente, sin darse cuenta de que eso supondría retroceder cincuenta años, sesenta años, a períodos que la transición democrática, nuestra democracia, había superado.

Hoy todavía hay algunos que hablan de las dificultades o de los pedigríes democráticos, como si a estas alturas los ciudadanos españoles no hubiesen puesto a cada uno en su sitio, no hubiesen dicho lo que tenían que decir y no hubiesen ratificado, una y otra vez, que no quieren sectarismos en la vida pública española y lo que quieren es una democracia normalizada, donde los que ganen

puedan gobernar, donde se respete a las minorías y donde la convivencia sea la regla fundamental para todos y de todos.

Sí es verdad que teníamos que pasar muchas cosas desde Sevilla, y ¡vaya tributo que hemos pagado, vaya precio que hemos pagado! Pero para conseguir avanzar en estos objetivos teníamos que avanzar en dos elementos claves. Uno era convertir a nuestro partido, el Partido Popular, en un partido de gobierno, en un partido capaz de aglutinar mayorías, de formar gobierno y de gobernar, y que eso tuviese una expresión política, que era el centro, el gran proyecto del centro político en la España de hoy representada, fundamentalmente, a través del Partido Popular.

Y lo siguiente que teníamos que conseguir era abrir una nueva etapa en la vida democrática de nuestro país; una etapa basada en la confianza, y no en la resignación; una etapa en la que, como nos recordaba Rodrigo esta mañana, superásemos aquellos mensajes que decían: “os tenéis que resignar a ser de segunda división, os tenéis que resignar a entrar en el euro en la segunda vuelta, os tenéis que resignar a tasas altas de paro, os tenéis que resignar a que nuestro país tenga dificultades todavía provenientes de la historia”. Y nosotros dijimos: eso se supera teniendo confianza en nosotros mismos, se supera teniendo confianza en los ciudadanos, se supera teniendo confianza en el país.

Sabíamos que hacía falta aire nuevo, aire fresco, en la vida española; que hacía falta una nueva forma de hacer las cosas, que nuestro país merecía que se confiase en él, que se confiase en su capacidad para vencer esos problemas, que se confiase en nuestras posibilidades, que se confiase en nuestro futuro.

A eso, con el apoyo de todos, sumando todas las voluntades y sin renunciar a ninguna de las aportaciones posibles, nos pusimos todos en el Congreso de Sevilla. Y le tocó la representación más importante del partido, porque vosotros lo decidisteis, a una nueva generación política que llegaba entonces y se manifestó como la habéis visto estos años y como es ahora: sin prejuicios. Forjados en principios y en convicciones arraigadas y profundas, con un sólido trabajo político en la oposición y con una decidida voluntad de formar parte de un equipo, de formar parte de un partido y de poner todos los elementos de su trabajo, de su voluntad y de su entendimiento al servicio de nuestro país.

Pues, a día de hoy y en esta fecha del Congreso, yo quiero felicitaros porque creo, sinceramente, que hemos conseguido una muy buena parte de nuestros objetivos. Felicidades por ello a todos. Creo que hemos alcanzado grandes metas. Estamos en el momento más importante, más alto, más culminante, de la historia de nuestro partido y, además de eso, hemos procurado, y creo honrada, sencilla y humildemente que lo hemos conseguido, contribuir y estamos contribuyendo a cambiar, a mejorar, a hacer un país distinto, a hacer un país sencillamente mejor.

Si me permitís un resumen de todo esto que acabo de decir, sólo lo diré con unas palabras muy sencillas: objetivos cumplidos.

Ahora, queridas amigas y amigos, ahora que estamos en lo más alto de nuestra historia, tenemos que pensar si nos queda mucho por hacer. Es verdad que nos queda mucho por hacer. No estamos aquí para que nadie se duerma en los laureles, no estamos aquí para ningún ejercicio de autosatisfacción inútil, no estamos aquí para que nadie tenga la tentación de morir de éxito, ni estamos aquí tampoco para jugar a ningún tipo de melancolías. Estamos aquí para decir que tenemos ambición y que estamos dispuestos, con todas sus consecuencias, a asumir plenamente las responsabilidades que los españoles nos quieran dar en el futuro, pero que sabemos muy bien cuáles son nuestros objetivos, cuáles deben ser los anhelos más importantes de España y cuáles son los pasos que tenemos que dar para conseguirlo.

Nadie debe encontrar un hueco aquí para echarse una larga siesta al amparo de lo que puede ser una posición culminante, ni mucho menos esperando que otros cumplan lo que él no es capaz de hacer por las ambiciones y por los objetivos de España. Queda mucho por hacer para esa generación de la que yo hablaba que se hizo cargo de las cosas en Sevilla, que se ve completada, como he dicho, con personas de extraordinaria valía. Queda mucho por hacer en nuestro partido, del cual tengo la convicción que va a seguir siendo llamado a responsabilidades de gobierno durante un largo tiempo en España. Y queda mucho por hacer para España, muchos de sus objetivos tienen que cumplirse y tenemos que ser capaces de trazar a nuestro país nuevas ambiciones en la convicción y en la seguridad de que somos capaces de conseguirlo.

Éste es, por lo tanto, el Congreso de una gran ambición y de una gran esperanza. Y yo espero que ese sentido de este Congreso sea el sentido que todos vosotros y también todos los ciudadanos que pueden seguirnos con atención en nuestros trabajos interpreten como el mensaje político fundamental: es la expresión de una gran ambición de España y es la expresión del Partido Popular como garantía institucional, sólida, segura, para conseguir esos objetivos para nuestro país.

Pues bien, queridas amigas y amigos, hoy os presento mi candidatura a la Presidencia del Partido Popular por quinta vez, por quinta vez consecutiva, y quiero deciros que es la última. No habrá otra vez. Ésta es la última. No sé si realmente puedo pedir que compartáis estas decisiones, que afectan bien a la futura candidatura a la Presidencia del Gobierno de España, como al Partido Popular. Tal vez no tengo derecho a pedir que las compartáis, pero sí os pido que las comprendáis. Y estoy convencido, porque os he escuchado a muchos de vosotros, de que os debo una explicación.

Estas decisiones no son para mí fruto de ningún arrebatado, al cual sabéis que no soy muy proclive; ni de ninguna ocurrencia más o menos frívola, a la que creo que mi personalidad, sencillamente, no es muy dada. Creedme si os digo que es fruto de una convicción profundamente arraigada y de una forma determinada – si queréis, especial; si queréis, personal, lo acepto– de entender la política.

Yo sé que hay muchos, pocos o algunos, y además que es inevitable, que se entretienen en pensar o en decir, más o menos: ¿qué cálculos políticos tendrá éste? ¿Qué cartas guardará bajo la manga? ¿En qué estará pensando? O todavía en algo que puede ser más extravagante: ¿es que pensará ya que se le ha quedado España pequeña? Yo sé que eso es inevitable; pero lo que quiero decir es que, sencillamente, es absurdo.

Yo creo que para una mujer o un hombre con vocación política y con sentido de su país nada puede haber más importante que ser presidente del Gobierno de España, como nada para mí puede representarme tanto orgullo como ser presidente del Partido Popular. No hay ningún cálculo personal, sí hay mucha convicción.

Pero tampoco hice un cálculo personal cuando en 1989 yo era presidente de la Junta de Castilla y León. Sé que allí están, un poco más adelante, mis viejos amigos, mis amigos de siempre de allí. No lo hice. Si en 1989 yo hubiese hecho un cálculo personal, igual no estaba hablando hoy aquí, esta tarde. Yo estaba allí muy a gusto. ¿Qué me aconsejaba entonces a mí la prudencia? Me decía: “quédate donde estás. ¿Dónde vas?”. ¿Qué me aconsejaba mi responsabilidad? Me decía: “¿le vas a negar a tu partido tu aportación cuando eres, tal vez, lo que en este momento muchos consideran que es lo más importante?”.

Y yo pensé: y yo, ¿qué puedo ganar de todo esto, además de que me partan la cara, que era lo más probable? Y a fe que intentaron partirme la cara y, además, nada más llegar lo intentaron. Pero hasta aquí. ¿Cómo negar esa responsabilidad? ¿Cómo negar en un momento crítico de la vida de nuestro partido, de los más difíciles que hemos pasado, como era ese momento, nuestra aportación?

Pues yo quiero deciros que hoy la prudencia y la responsabilidad, ambas, me llevan a tomar esas decisiones y me llevan a cumplir un compromiso con mi país, con mi partido y conmigo mismo. Y quiero deciros que, desde esa convicción, yo no creo en la prolongación personalista de los liderazgos políticos, no he creído nunca y os soy totalmente sincero si digo que no estoy dispuesto a ejercerlo.

Tendría que deciros algo así como: pedidme lo que queráis, pero no voy a hacer algo que creo que puede ser contrario a los intereses de mi país ni a los intereses de mi partido. No he creído nunca en esa política, no estoy dispuesto a

practicarla y ya que ya va uno de moderado veterano por la vida y por las cosas públicas, permitidme que a mis años no vaya a cambiar de opinión.

Quiero honrar mis compromisos con los electores, quiero respetar mis compromisos con los ciudadanos. Ya sé que hay quien piensa que lo mejor que se puede hacer con los ciudadanos es engañarlos, que lo mejor que se puede hacer con la palabra es no respetarla y que lo mejor que se puede hacer es ser un oportunista, buscar excusas y no tener convicciones. Yo quiero hacer todo lo contrario: respetar a los ciudadanos, honrar mis compromisos y cumplir con mis convicciones.

Para mí esto, que es fruto de esta reflexión personal que hago ante vosotros, no tiene nada que ver con normas legales. Eso siempre será posible. Ayer y esta mañana nuestro partido ha tomado sus decisiones, pero tiene poco que ver con eso. Pero sí quiero asegurar una cosa: que yo no habría tomado esas decisiones si no pensase que, por difíciles, sobre todo para mí, son las mejores para mi país y son las mejores para mi partido.

Sé muy bien que en toda decisión hay un riesgo y ventajas, y estoy convencido de que estas decisiones aportan muchas más ventajas que riesgos. Yo no las hubiera tomado, tal vez, si tuviese o albergase dudas, si no supiese bien que entre nuestros compañeros, entre nuestros dirigentes, hay personas, mujeres y hombres, con muy grandes cualidades de liderazgo y que tienen que ser puestas cada vez de manifiesto con más intensidad. Tal vez si no pensase en que hay jóvenes muy capaces, muy preparados, muy brillantes, en los que merece la pena confiar; tal vez si no supiese y no hubiese trabajado tanto por la fortaleza de este partido, por su capacidad y por su proyecto; tal vez no las hubiese tomado si no supiera que tenemos un gran proyecto capaz de unir a una gran mayoría de ciudadanos españoles, y tal vez hubiese tenido dudas si no estuviese convencido de que los españoles, si acertamos, van a seguir confiando en nosotros en las próximas elecciones para ganar, para gobernar y para seguir conquistando nuestras metas para nuestro país. Espero que eso sea así, pero tenemos que poner todos de nuestra parte para que sea así.

Permitidme una confesión en voz alta ahora que casi nadie nos oye. Yo creo en los partidos y me reconoceréis que hay que tener un cierto valor para decir esto en la vida pública de hoy. Creo en los partidos, como creo en las instituciones. Creo que los países serios son los que tienen unas instituciones más fuertes, más poderosas, que son capaces de proyectarse en el tiempo y que son capaces, generación tras generación y esfuerzo por esfuerzo, de soldarse, de unirse y de proyectarse hacia el futuro.

Detesto y he detestado toda la vida cualquier expresión de frivolidad en la vida pública, mucho más si son frivolidades que cuestionan el funcionamiento institucional. Pero creo en los partidos y creo que nuestro partido, y ningún

partido, pero más el nuestro, no puede ser un proyecto personal; no puede estar supeditado a ninguna cuestión personal; no puede ser nunca una agrupación al servicio de intereses particulares; no puede ser sólo, ni mucho menos, una máquina de poder, y no puede ser otra cosa más que un buen partido, un buen instrumento, al servicio de nuestro país.

Lo podemos decir nosotros que hemos pagado y pagamos unos tributos enormes en los términos más dolorosos posibles, en nuestras convicciones, porque creemos en el valor de las ideas.

Sobre todo, creemos en el valor de nuestras ideas y creemos que no es posible la política sin valores, y podemos decir que tenemos convicciones y que tenemos principios, que creemos en cosas importantes, como en el diálogo en la vida política y lo practicamos. Que creemos que no existe ningún derecho colectivo que se pueda anteponer al derecho de ninguna persona, que creemos en una sociedad más libre, más abierta, con más iniciativa, con más capacidad. Que sabemos que la mejor solidaridad es aquella que se manifiesta en las oportunidades para la gente, para los ciudadanos, y por eso trabajamos para crearlas en el empleo, en la educación, y en la atención y el cuidado de aquellos que en nuestra sociedad tienen más necesidades.

Que creemos que nuestro futuro está en una Europa unida y diversa, que garantice la estabilidad, la prosperidad y la paz, y que podemos trabajar por ellas, tanto como Estado miembro de la Unión cuando nos corresponde, y nos corresponde, como desde la Presidencia de la Unión Europea, como nos corresponde ahora.

Que creemos sin complejos en la España plural, en la España de las instituciones, en la España constitucional, y que hablamos, sin ningún tipo de reservas, del patriotismo constitucional, que es el cumplimiento de las responsabilidades con el presente y el futuro de nuestro país.

Somos ambiciosos para nuestro país porque creemos en él. Creemos en estas cosas, creemos en estas cosas y en otras más y, sin duda, todas ellas merecen la pena. Aquí, tres años después, porque creemos en esas cosas, porque hemos procurado cumplir con nuestros compromisos, creo que nos podemos presentar con los deberes hechos.

Yo quiero felicitar muy especialmente a Javier Arenas y a todo su equipo. Han hecho un trabajo extraordinario, y con ellos y con ese trabajo hemos llegado hasta aquí.

Hace tres años nosotros definimos nuestro partido como un partido de centro reformista. Todavía recuerdo algunas sonrisas de entonces. Es normal. Los que

miran para atrás nunca se suelen enterar de nada. Algunos, que creen que miran para adelante, miran también para atrás y tampoco se enteran de nada.

El centro reformista que nosotros pusimos en marcha agrupó a 10.300.000 españoles en las últimas elecciones generales. Por muy sequerón que yo sea, por poco expresivo que yo sea y, como os decía antes, ¿no tendremos oportunidad, no tendremos derecho, a decir que el centro reformista que, además de agrupar a 10.300.000 españoles y dar cuantitativamente, en términos de votos, la mayor mayoría que ha tenido un partido en la historia de nuestra democracia, ha servido para refundar la vieja, honrada y honorable Internacional Demócrata Cristina y convertirla en la Internacional Demócrata de Centro?, y ha servido para que nos convirtamos en punto de referencia de los partidos modernos, respecto de los cuales y en las próximas elecciones que se celebran en muchos países europeos yo les deseo la mejor de las suertes, porque soplan vientos de cambio en muchos sitios de Europa. ¿Qué mensajes dicen ellos, en gran medida? “Nosotros queremos hacer lo que ha hecho el Partido Popular de España”. ¿Y por qué nos lo vamos a callar, si es, efectivamente, lo que quieren hacer otros?

En este momento nosotros nos tenemos que preguntar, y vosotros tenéis todo el derecho a preguntarme: “¿y ahora qué, José María?”. Pues yo lo he dicho durante estos días, estas semanas y estos meses, tal vez alguien piense que con exceso. Pero yo creo y deseo que los españoles sean capaces de sustentar una gran ambición, porque somos capaces de conseguirla.

Yo deseo ver a España, a nuestro país, convertido en una de las mejores democracias del mundo y, si me permitís la expresión, “donde me toque”. Pero yo no voy a parar, no voy a dejar de pensar y no voy a dejar de trabajar en otra cosa que en hacer de nuestro país una de las mejores democracias del mundo, sencillamente porque queremos serlo, porque tenemos capacidad para serlo.

Si tenemos esa ambición, si estamos convencidos de que nuestro país es capaz de conseguirlo... Yo recuerdo cuando mucha gente nos decía: “no sois capaces, no sois capaces”. No es verdad. Somos capaces de conseguirlo. Nuestro partido lo que tiene que hacer es impulsarlo, es decir a los ciudadanos: aquí estamos nosotros dispuestos a llevar adelante esa responsabilidad, dispuestos a llevar a delante esa tarea, dispuestos a impulsarla, dispuestos a seguir participando cada vez más activamente con todos los ciudadanos en esa tarea de estabilidad y de prosperidad para España.

Es por eso por lo que, una vez más, por quinta vez, como he dicho, la última, os pido vuestra confianza para hacer lo que he dicho y para hacerlo en los términos en los cuales lo hemos propuesto.

Yo quiero deciros que, completando la lista del Comité Ejecutivo Nacional, cuya lectura ha sido hecha por la Mesa, los estatutos del Partido atribuyen al

presidente la posibilidad de nombrar cinco vocales. Los cinco vocales nombrados son: Juan Carlos Aparicio, José Miguel Ortí, Gabino Puche, Alejo Vidal-Quadras y Adolfo Suárez, al cual le doy muy especialmente la bienvenida en este Congreso. Adolfo, bienvenido, suerte, buena mano, que sé que la tienes, y recuerdos en casa.

Si puedo contar con vuestra confianza, propondré al Comité Ejecutivo como secretario general del Partido a Javier Arenas, al cual quiero reiterar mis palabras de reconocimiento y de gratitud por su trabajo, por su entrega y por su éxito.

Como vicesecretarios generales del Partido, Rodrigo Rato, Mariano Rajoy y Jaime Mayor Oreja. De sus cualidades de liderazgo, de sus responsabilidades, de su capacidad, no tengo que hacer ningún especial elogio. Su trabajo diario les acredita sobradamente como tres de los más importantes, de los más relevantes, líderes de nuestro partido.

Coordinador de Organización, Pío García Escudero; coordinadora de Participación y Acción Sectorial, Ana Mato; coordinador de Comunicación, Rafael Hernando; coordinador de Formación y Estudios, Eugenio Nasarre; secretario de Organización, Juan Carlos Vera; secretario Electoral, Jesús Sepúlveda; secretaria de Política Municipal, Rosa Romero; secretario de Política Autonómica, Jesús Merino; de Estudios y Programas, Paco Camps; de Formación, José Antonio Bermúdez de Castro; de Análisis y Seguimiento, Juan José Matarí; de Economía y Empleo, Vicente Martínez Pujalte; de Igualdad de Oportunidades y Educación, Sandra Moneo; de Asuntos Sociales y Política Migratoria, Ángeles Muñoz; de Participación Ciudadana y Relaciones con los Movimientos Asociativos, Julio Sánchez Fierro; de Nuevas Tecnologías, Juan Manuel Moreno; de Relaciones Internacionales, Jorge Moragas; de Comunicación, Manolo Atencia; como Tesorero, que parece que no lo ha hecho nada mal, Álvaro Lapuerta; presidente del Comité Electoral Nacional una persona especialmente segura, fiable, en la confianza de nuestro partido, Ángel Acebes; presidente del Comité Nacional de Derechos y Garantías, un histórico, que tiene todos nuestros respetos por lo que ha hecho y por lo que todavía tiene que seguir haciendo, José Manuel Romay; secretaria de Actas, Paloma Adrados, y en representación del presidente Fundador, Manuel Fraga, Jesús Palmou. Además, los presidentes regionales, los presidentes de las Comunidades Autónomas.

Si alguna vez estamos todos, habrá que poner sillas supletorias; pero no importa, porque la verdad es que lo que importa es que se haga una buena tarea.

Amigas y amigos,

Aquí estamos en nombre de más de 630.000 militantes de nuestro partido. Nunca olvidemos que somos sus representantes y que a ellos nos debemos.

Aquí me presento ante vosotros después de estar doce años como presidente del partido y quiero deciros, después de lo que habéis escuchado, que quiero seguir trabajando por mi partido y por una nación y un país en el que creo; que quiero seguir contribuyendo con todas mis fuerzas a que entre todos forjemos un futuro mejor; que quiero que aprovechemos al máximo la gran oportunidad que nuestro país tiene por delante.

Me siento pleno de fuerzas y lleno de esperanza de futuro. Que nadie tenga duda de que contribuiré como el primero, con gran triunfo que espero de nuestro partido, en las elecciones de 2004. A ello dedicaré todo mi esfuerzo, todo mi empeño. Hasta el último segundo en el que tenga que desempeñar mis responsabilidades me dedicaré a esa tarea. Luego, sin cálculos ningunos, en donde me toque.

Pero que quede bien claro que en este Congreso, que es la expresión de una ambición, que esto no es un discurso de despedida; es la expresión de una convicción profunda, de una esperanza cierta, de ser leal con los principios, con la conciencia, con los ciudadanos, con nuestro partido, con mi país. Y, sobre todo, es fruto de una gratitud sincera y sentida, la que os debo a todos vosotros.

Muchas gracias.